



O calle
para siempre **J.M.**
Guelbenzu

O calle
para siempre

J. M.
Guelbenzu

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1456

© José María Guelbenzu, 2019
Representado por Casanovas&Lynch Agencia Literaria, S.L.

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5506-8
Depósito legal: B. 1.535-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El día anterior a la boda

Mariana de Marco abrió los ojos y se llenó de luz. Un sol radiante entraba por la ventana y sintió que la vida reverberaba en torno suyo, cálida y confortable. Tendida en la cama, se desperezó voluptuosamente, como si en el movimiento extendiera un largo deseo de placer, y volvió a recogerse sobre sí misma, ahora vuelta hacia la ventana. El perfil de Javier Goitia apareció ante sus ojos recortado por la luminosidad. Dormía.

Lo observó con atención. Era como descubrirlo de repente y sintió una desconocida curiosidad. ¿Con qué soñaba que lo volvía tan atractivo? Su rostro, silueteado, sólo dejaba ver la contundencia y firmeza de la línea que lindaba con la luz. Respiraba regularmente, con absoluta naturalidad, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida que descansar la cabeza en la almohada, con la serenidad de un hombre satisfecho consigo mismo, lo cual no era del todo cierto a juzgar por su capacidad de albergar las dudas y rectificaciones propias de una vida activa cuando se encontraba despierto. De repente consideró si

no estaría fingiendo y se incorporó para observarlo más atentamente: dormía, sin duda; y dormía con la placidez de un alma libre de toda culpa. Esto —pensó— en el Occidente cristiano no es tan normal.

Hacía ya mucho tiempo que Mariana de Marco no visitaba Madrid, su ciudad natal, la de sus años de infancia, adolescencia y Universidad. Lo consideró y se estiró en la cama con pereza deliciosa. Estaba cumpliendo un deseo que nunca había conseguido hacer realidad: instalarse en el hotel Ritz. La oportunidad vino de la mano de una invitación de boda y también de la confirmación de su nuevo destino. La hija de Teresa Núñez de Guzmán se casaba con un joven prometedor, hijo de un hombre hecho a sí mismo: la perfecta unión de la España tradicional y la España emergente. A Mariana sus padres la enviaron a un colegio de «gente bien», como decían ellos, y de allí venían sus dos únicas amigas del colegio que conservaba en la actualidad, bien es cierto que mantenidas a distancia por prudencia. El resto de amistades o pseudoamistades de los buenos tiempos provenía de la Universidad Complutense de Madrid.

—Espero que esta boda no te afecte como la otra —fue el único e irónico comentario de un Javier Goitia poco dado a los actos sociales de relumbrón.

La *otra* boda fue la de Amelia Fombona, su querida amiga Meli de los años de adolescencia, en la que afloró un folletín tremebundo con crímenes por medio que afectaba a toda la familia Fombona; folletín que distanció, aunque no definitivamente, a

las dos amigas y en el que pudo haber perdido la vida a manos de un antiguo compañero de estudios. Una historia más apropiada a la vieja España preconciliar que no a la España que aquel año despedía al siglo XX.

Un estremecimiento recorrió al hombre que dormía a su lado. Al fin un sobresalto en el sueño plácido. ¿Qué estaría soñando? Seguía en la misma posición, tendido de espaldas, los brazos a lo largo del cuerpo, la respiración regular, su decidido perfil silueteado por la luz procedente del exterior. Habitualmente dormía como un niño de pecho por más que la adversidad se cebara en él, y en eso lo envidiaba hasta la indignación. Ella era incapaz de pegar ojo cada vez que un problema serio se alojaba en su cabeza; en cambio, él, en medio de la mayor tribulación, cogía el sueño instantáneamente, como si le hubieran pegado un tiro, y así seguía hasta el alba. En más de una ocasión lo había despertado exasperada para reprocharle esa intolerable facilidad. Entonces él, avergonzado, se excusaba explicando que dormir profundamente era su manera de soportar los problemas. Entonces Mariana tenía que alejar el repentino deseo de volver a vivir en pisos separados porque, como ni ella misma podía negarlo, lo amaba. No sabía bien por qué ni debido a qué, pero lo amaba. Era un asunto medio irracional que a ella la desvelaba y a él lo acunaba como a un niño.

Había abierto los ojos y se había llenado de luz. La tentación era salir a la ventana y contemplar la ciudad bajo la claridad del cielo tan intensamente

azul como límpido era el aire. La ventana de la habitación daba a la plaza de la Lealtad, ajardinada en torno al monumento al soldado desconocido, y desde su juventud aquél era uno de sus lugares favoritos para sentarse a pensar en sí misma, rodeada por tres colosos: el Museo Naval, el edificio de la Bolsa y el Ritz. Pero en este despertar, junto a la fuerza de las imágenes recreadas, otra fuerza la impelía a quedarse tendida bajo las sábanas: el peso de la luz que había dejado entrar en su cuerpo y la conciencia de felicidad por estar instalada en el hotel que a menudo había mencionado en el recuento de sus ilusiones y que esta vez, este día, había acogido, además, su sueño.

Vivimos de ilusiones y de fetiches —pensó lánguidamente—. Todo falso y delicioso, pero la vida es tan distinta que los hace necesarios, los benditos sueños.

Aún faltaban veinticuatro horas para la ceremonia nupcial, que aprovecharía para echar la mañana en el Thyssen; lo conocía en mucha menor medida que el Prado, que se guardaba para el último día. La mañana se la dejaría libre a Javier y también el almuerzo, para poder acudir a casa de su madre, cada vez más afectada por la edad. Su madre le generaba una permanente mala conciencia, porque lo cierto es que la visitaba de Pascuas a Ramos, siempre agobiada por el trabajo. Solía aprovechar un puente y nada más, ni siquiera la Semana Santa, no se diga ya las vacaciones de verano. Había aprendido a convivir con un oscuro rechazo cuya procedencia sólo intuía y con la correspondiente desazón por el sentimiento

de abandono: pero no, su madre no la había abandonado, simplemente fue cobarde y la dejó indefensa. Su hermano Antonio, siempre en el filo de la navaja, iba a visitarla más a menudo, rodeado de misterio, de manera sorpresiva, como si fuera un militante político fichado de los tiempos de Franco que se introduce clandestinamente en el país. Por su parte, los dos hermanos no se veían más que de tarde en tarde; incluso estuvieron años y años lejos el uno de la otra hasta que una desdichada casualidad, procedente de uno de los casos que había instruido en el Juzgado de G..., los reunió circunstancialmente causándole un buen disgusto atenuado por el cariño. Desde entonces ella prefería no saber nada de sus asuntos y la sola idea de que un día acabara él mismo en su Juzgado le ponía los pelos de punta. Era un fresco, un tarambana, un hombre inteligente y aventurero del que no se fiaría ni para ir al estanco, pero ella lo quería mucho, y él le había demostrado que eran familia, ciertamente.

La luz del día penetraba impetuosamente por la ventana y estaba empezando a molestarla, lo mismo que una difusa picazón, lo mismo que la formidable capacidad de sueño de su pareja y la no menos extraordinaria opacidad de sus párpados cerrados. Ni siquiera se movía, salvo por la respiración regular que acompasaba el movimiento del pecho. Tras unos instantes de duda, la incomodidad de estar totalmente despejada y, al tiempo, en estado de inmovilidad para no perturbar el sueño de su compañero, la decidió a deslizarse cuidadosamente fuera del le-

cho; estaba desnuda y lamentó no poder poner en práctica la absurda escena que más la fascinaba de las películas americanas: ese momento en que la mujer sale del lecho y envolviéndose en la sábana completa de la cama de matrimonio la arrastra consigo por toda la habitación. En el cine actual —pensó— la actriz sale de la cama *à poil* y punto, pero es que el cine actual carece de *glamour*, se explicó a sí misma. Todo tiene que ser natural, despojado, espontáneo. Horrible palabra de moda: espontáneo, una palabra que cada vez escondía más la desvergüenza y la falta de educación de la gente.

Mariana estaba ante el balcón abierto, mirando afuera, supuestamente hacia la plaza de la Lealtad, cuando percibió una leve pero inequívoca sensación de alerta por todo el cuerpo que la hizo volverse. Javier, arropado y ahora tendido de costado, la observaba con el mayor interés.

—Es increíble —comentó—, pero todos los hombres sois iguales. Con tal de no perderos el espectáculo de una mujer en pelota sois capaces de emerger en un instante del sueño más profundo.

Javier Goitia asintió sonriente y la siguió mirando. Ahora la tenía de frente.

—No sé cómo te las arreglas, pero estás buenísima —dijo complacido.

—Eso es lo que se llama exactamente un piropo letal —contestó ella.

Sin vacilar, se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando Mariana salió con cara de pocos amigos, se

dirigió al centro de la habitación con ademán decidido, se detuvo de pronto, extrañada, como si intentara recordar la intención por la que había salido apresuradamente; acto seguido hizo un gesto de perplejidad, seguido de otro de fastidio y al fin volvió sobre sus pasos y se encerró de nuevo en el baño.

—Quien te puso petenera —tarareó Javier a media voz, volviendo a esconderse bajo las sábanas— / no supo ponerte nombre, / que tenía que haber puesto / la perdición de los hombres.

De pronto el estrépito del agua golpeando contra la bañera se detuvo y en medio del silencio que siguió, se escuchó la voz en grito de Mariana:

—¡Te estoy oyendo!

Luego volvió a correr el agua, mientras Javier se sorprendía por enésima vez del afinado oído de su exigente amante.

El padre Lorenzo, titular de la parroquia de San Jorge y San Gabriel, una de las más selectas y de mayor postín de Madrid, codiciada para las bodas de lucimiento, reparó al entrar en su despacho en un sobre de tamaño cuartilla de color verde hoja seca que en seguida le llamó la atención. El párroco era hombre contenido, por lo que antes de abrir el sobre, recogió los papeles que había sobre la mesa, los ordenó, los amontonó por asuntos o urgencias y después procedió a abrir el misterioso sobre.

Extrajo una hoja tamaño DIN A4 escrita en ordenador que contenía el siguiente mensaje:

En el enlace matrimonial que se celebrará, Dios mediante, mañana martes a las doce de la mañana en su iglesia y que será oficiado por usted, deberá dirigirse a los contrayentes en alta voz, de modo que pueda ser escuchado por todos los asistentes al acto y antes de bendecir la unión, con la siguiente fórmula: Si alguno de los aquí presentes se opone a esta unión, que hable ahora o calle para siempre. Si hace caso omiso de esta condición y, por tanto, resulta incumplida, provocará una desgracia que habrá de caer sobre su conciencia. Un feligrés justo.

Durante unos minutos el padre Lorenzo se quedó embobado leyendo la misiva, sin reaccionar. La leyó y la releyó. La miró por todas partes y aun de refilón, quizá buscando huellas, quizá simplemente desconcertado y tratando de recuperar el sentido común, pues lo que tenía ante sus ojos era un auténtico disparate. Sólo una hora más tarde, tras haberse ocupado de diversos asuntos con gran esfuerzo debido a la constante distracción que le ocasionaba el extraño aviso, pensó en telefonar al padre del novio, pero decidió plantarse ante él.

Don Fermín Correa, promotor inmobiliario muy importante y consejero de una conocida empresa hortofrutícola con importantes ramificaciones en el extranjero, recibió con asombro antes que inquietud la repentina presencia del padre Lorenzo en la antesala de su despacho y, acicateado por la curiosidad, lo hizo pasar casi de inmediato.

El asombro se convirtió en regocijo cuando el sacerdote le explicó el motivo de su visita.

—¡No se preocupe usted, padre! —exclamó don Fermín jovialmente—, no será más que una gamberrada de los amigos de mi hijo, probablemente con los que estuvo celebrando la despedida de soltero anoche. Esto quiere decir que alguno de ellos ya se ha despertado y ha decidido continuar la juerga de otro modo.

—¿Alguien que se ha despertado tan pronto de una buena resaca como para ponerse a escribir un mensaje que afecta a la boda que debo celebrar mañana y acercarse a la parroquia a dejar el sobre en mi mesa o donde lo dejase en principio? —dijo el sacerdote escamado—. La verdad es que me parece bastante improbable.

—Pues por improbable que le parezca, padre Lorenzo, es la mejor explicación. Yo no le daría importancia y, desde luego, ni se le ocurra decir esas palabras en la ceremonia; seríamos el hazmerreír de la concurrencia.

—Sí, más parece una broma estúpida que otra cosa, pero no ha dejado de inquietarme. Dígame, ¿no sabrá de alguien que tenga algún interés en boicotear la boda de su hijo? ¿Una novia despechada, un antiguo enamorado de la novia?...

—¡Valiente tontería, por supuesto que no! Oiga, padre, en serio, olvídense de esa dichosa nota y deje de pensar en ello. Bastante preocupación tenemos todos con los preparativos de la boda. Y, por favor, no se le ocurra hacer el menor comentario a mi mujer o a mi

hijo... ni a nadie. A nadie. Mi mujer es algo supersticiosa y sólo le faltaba esta fantasía para perder los nervios.

—Cuenta conmigo, don Fermín. La verdad es que ahora me siento un poco ridículo por haber venido a importunarle con esta historia. En fin, me vuelvo a la parroquia y mañana los espero a todos ustedes para celebrar el sacramento como Dios manda.

¿Quién habrá sido el inconsciente —pensó para sí mientras descendía en el ascensor— al que se le ha ocurrido esta broma siniestra?

En la calle lucía un sol espléndido y una agradable temperatura. Había aparcado su vespa justo delante del portal de la empresa. Con un suspiro y un golpe de talón liberó el apoyo que sostenía a la moto sobre la acera, montó, encendió el motor, la empujó con el cuerpo y se acercó cautelosamente al bordillo. Una vez en la calzada y tras asegurarse de que disponía de espacio de salida, se incorporó al tráfico callejero.

La tarde del día anterior al que el padre Lorenzo recibiera el sorprendente mensaje, en la habitación de una modesta pensión del barrio de Argüelles en Madrid, un hombre escuálido leía un libro. Se hallaba completamente abstraído en la lectura, hasta el punto de no oír unos quedos golpes en la puerta de su habitación que se repitieron dos y tres veces hasta que consiguieron atraer su atención. Entonces el hombre cerró el libro lo apretó contra su pecho a la

vez que en su rostro se dibujaba un gesto de desconfianza o quizá de temor. En todo caso, permaneció en esa postura hasta que los golpes dejaron de oírse y sólo entonces se animó a abrir la puerta. No había nadie en el exterior. Quienquiera que fuese el visitante, había optado por rendirse al terco silencio del ocupante de la habitación.

El hombre, tras esbozar un gesto de comprensión, dejó en la mesilla de noche la novela que había estado leyendo y suspiró al hacerlo. Luego, en actitud de relativo desconcierto, se quedó plantado en mitad de la habitación y, por fin, decidió iniciar un periplo por la misma. Parecía preso de una inquietud o de una responsabilidad considerables y mientras caminaba en derredor del cuarto hacía gestos como si hablara consigo mismo, pero ni una palabra salía de su boca. Al poco se sintió cansado y tomó asiento, pero no en la butaca donde estuviera leyendo sino en el borde de la cama. Vestía traje oscuro de mala calidad, camisa blanca y corbata también oscura. El cuello de la camisa le desbordaba y quizá ésa fuera la causa de cierta sensación de agobio o incomodidad que cualquiera que estuviese observándole advertiría sin dificultad. Frotaba sus manos una contra la otra como deseando deshacerse de algo que no se hallaba en ellas. De cuando en cuando se detenía, siempre en mitad de la habitación como si quisiera decirse algo de verdadera importancia.

Al fin, consultó el reloj y pareció decidirse. Recogió la cartera, las llaves y un sombrero que colgaba de una de las esquinas de la cama y salió al exterior

de la habitación. En la pensión no se oía el vuelo de una mosca, todo el mundo debía de estar ausente. Abrió y cerró la puerta de la casa con sumo tiento, enfiló la escalera y alcanzó rápidamente el portal.

En la calle el bullicio lo ensordecía. Venía del silencio de su habitación y el ruido del tráfico y las voces chocó violentamente contra él. Estaba junto a la calle de la Princesa y evidentemente conocía la zona porque se movió con seguridad; caminó hacia la Moncloa y, un poco antes de cruzar la calle de Romero Robledo, que le separaba de los soportales y el edificio del Ministerio del Aire, entró en un bar restaurante llamado Manolo, una taberna clásica del barrio recién remozada.

Era temprano y la animada clientela del local se centraba sobre todo en la barra, pero él entró al comedor y eligió una mesa apartada. Mientras aguardaba a que le presentaran la carta, tomó los cubiertos y los limpió cuidadosamente con la servilleta. Era un hombre de mediana edad, de rostro afilado y huesudo, con barba de dos días que le sombreaba la cara. Pidió una sopa de cebolla, una pescadilla rebozada y una botella pequeña de agua mineral. Comió solo, sin prisa y sin pausa, salvo la obligada entre plato y plato. Terminó su cena con una manzana, pagó y abandonó el local con el mismo sigilo con el que había entrado.

De nuevo en la calle, se acercó a un puesto de venta de caramelos, pipas y cigarrillos entre otras menudencias y compró una cajetilla de tabaco negro. La abrió, extrajo uno de los cigarrillos del pa-

quete y lo encendió con una carterita de cerillas que había cogido del restaurante. Fumó con ansiedad y luego se dirigió a la calle donde estaba la pensión de la que saliera una hora antes. En el portal se vio obligado a llamar al telefonillo de su piso, desde donde le franquearon la entrada. Antes de pasar al interior del portal, arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó hasta apagarlo. Ya en la pensión, saludó cortésmente a la muchacha que acudió a abrirle y se introdujo en su habitación.

Volvió a salir rumbo al cuarto de baño con su neceser, se lavó la cara y las manos, después los dientes. Se contempló en el espejo, estiró la cara con solemnidad y pronunció estas palabras con voz firme y gesto serio: Yo me opongo a este matrimonio en nombre de Dios y de la Justicia de los hombres.

A juzgar por su gesto, quedó satisfecho. Entonces sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo, lo abrió y escuchó atentamente. Luego dijo:

—Precisamente acabo de recordármelo. Mañana me tendrás allí sin falta a las doce en punto, en el último banco del lado del evangelio, pierde cuidado.

Javier Goitia terminó de afeitarse, desmontó y enjugó la maquinilla bajo el grifo con especial atención a la hoja de afeitar, volvió a montarla, la depositó en la encimera y se frotó la cara vigorosamente con agua fría. Su estrecha relación con la cuchilla de afeitar venía desde que apareciera la primera pelusa en su labio superior. En esto no hacía más que imitar a su

padre, a quien había visto con frecuencia ante el espejo del cuarto de baño apurando su barba con una maquinilla plateada. Todos los útiles del afeitado paterno (la brocha de pelo de tejón, la barra de jabón La Toja y el paquete de cuchillas Iberia) se convirtieron en fetiches para él y cuando le llegó la edad de rendir cuentas al espejo ni siquiera consideró la posibilidad de utilizar una rasuradora eléctrica: Javier era hombre de firmes convicciones. El rito del afeitado tenía para él una estrecha relación con un orden doméstico en el que había sido criado y que, con tiempo y maduración, se había convertido en una elección estética. Además, era una suerte de cordón umbilical con la familia que lo mantenía en la firme creencia de que todos pertenecemos a alguien que, a su vez, ha pertenecido a alguien, que... etcétera. Algo así como la conciencia de no ser un desperdicio flotando en el aire.

Con la conciencia así fortalecida, se metió bajo la ducha. Cuando salió del baño llamó al servicio de habitaciones para solicitar un desayuno completo. Envuelto en un amplio albornoz, se asomó a la ventana mientras esperaba. La plaza de la Lealtad le pareció un *locus amoenus* bañado por el sol y bendecido por la gracia. Volvió la cabeza a su izquierda para contemplar el majestuoso despliegue forestal del Paseo del Prado y se dijo que no había otro como éste.

Luego desayunó con apetito mientras hojeaba la prensa, pensando entre medias a qué dedicaría la mañana. No tenía el menor deseo de almorzar con algún amigo o colega; por el contrario, decidió que

daría un largo paseo que comenzaría en el del Prado y después, vagabundeando, buscaría una taberna entre Sol y la plaza de Jacinto Benavente para recordar viejos tiempos de vino y farra. Y luego, visto que el día era de los que dan fama a la ciudad, se acercaría a la plaza Mayor a almorzar en alguna de sus terrazas o quizá, si luego pudiera permitirse una buena siesta, ir a Botín a meterse un cochinillo entre pecho y espalda. Cochinillo, ensalada y un buen Ribera del Duero o un mencía de El Bierzo para pasarlo.

Mariana había salido a primera hora para visitar a su madre, y él se quedó a solas con sus ganas de patear Madrid. No pensaba llamar a ninguno de sus amigos o conocidos o colegas porque nada le apetecía más que apurar la mañana y el mediodía sin compromiso alguno, al albur de lo que la ciudad le sugiriera.

Caminaba por el Paseo del Prado. Al llegar a la plaza de Cibeles decidió acercarse a la Puerta del Sol. Puro madrileñismo, en su opinión, pero entre unas cosas y otras hacía ya más de dos años que había dejado de frecuentar la ciudad y le apetecía un recorrido tópico. Sus pasos lo llevaron por la calle de Alcalá adelante; cuando llegó al nudo de Sevilla, se detuvo. Tenía a su izquierda la plaza de Canalejas y la vieja cafetería Hontanares y al fondo, a la vista, la calle del Príncipe. Entonces volvieron los recuerdos de toda una vida de juventud, de la Universidad, de las noches de jarana, de todos los bares afincados en la zona, arracimados en torno al cogollo de las calles

de tapeo, la Cruz, Espoz y Mina, la plaza de Santa Ana, Huertas... y no pudo resistirse. Había dormido largamente, había ocupado la habitación del hotel más señorial de Madrid, había disfrutado de la caminata bajo los árboles del Paseo del Prado, se había reencontrado con el centro de su Madrid más querido: no podía resistirse a la llamada de los bares tradicionales arracimados dentro de aquellas calles tan estrechas y castizas como concurridas, al olor que emitían los aperitivos interminables, las confesiones íntimas, las risas, el gentío, el jaleo, las voces destempladas por la alegría contagiosa del deambular en compañía de las amistades.

Sin embargo, estaba solo y desubicado. Todo el trasiego del barrio evocaba en realidad la salida en comandita, el grupo, y ahora lo echaba en falta. Por ello se dedicó a dar vueltas por la zona, subir y bajar calles, reconociendo el terreno, con muchas ganas de integrarse en el movimiento callejero y sin encontrar el modo de echar el ancla hasta que se decidió por adentrarse en un viejo local de la calle de la Victoria, Sol y Sombra, empujado por la nostalgia. Lo acogieron como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿Qué va a ser, caballero?

Instalado ante la barra, donde se había hecho un hueco, solicitó una clásica cazuelita de champiñones al ajillo.

—¡Una de champis! —voceó el camarero.

—¡Oído cocina! —contestaron de adentro.

—¡Dos de gambas ajillo! ¡Una de alioli! ¡Una más de champis! ¡Un pincho de...! —Las comandas

se encabalgaban unas sobre otras como las olas batiendo impetuosas contra un muelle.

Javier se centró en su cazuelita de champiñones con un pedazo de pan en una mano y el tenedor en la otra. El cálido e intenso aroma que emanaba del platillo de barro le llenaba la nariz y olvidó que acababa de desayunar una hora antes. Apenas el gusto de las setas cocinadas con el ajo y el aceite le inundó el paladar, echó de menos a Mariana. Nunca habían salido juntos por el viejo Madrid, esa hermosa ciudad de clima extremo en verano y en invierno, tan lejana a la humedad del Cantábrico, esa ciudad de olores depositados por el paso de la gente, por la cocina de puertas abiertas, por la vida callejera, la idiosincrasia municipal y las historias de personas venidas de fuera a buscarse la vida (o, de manera más compleja, a efectuar trámites administrativos), esa ciudad en la que nadie se sentía extranjero porque en ella cabía todo el mundo, sin distinción de razas, ideas, creencias o colores, crisol de la desbordante variedad de españoles y extranjeros atraídos hasta el centro geográfico de la Península por causa de su fama de ciudad generosa.

—¡Javierchu, maldito colega! —dijo una voz a sus espaldas.

—¡Andrés! ¿Qué es de tu vida?

Se abrazaron al viejo estilo, como un par de alegres osos callejeros atizándose grandes y aparatosos golpes en las espaldas. Andrés venía acompañado por dos colegas, los tres compartían labores periodísticas en una radio cercana en la que habían estado

trabajando desde el alba para preparar el magazín de la mañana. Venían eufóricos, como marinos que acabaran de arribar a puerto.

La conversación les fue llevando de un local a otro, de pinchos morunos a raciones de oreja en salsa, y acabaron, como no podía ser menos, negociando la taberna en la que se aprestaban a almorzar. Javier, que se había hecho desde que despertó a la idea de almorzar solo, acogió ahora con entusiasmo el plan. Lo discutían degustando a codazos con la clientela las clásicas gambas a la plancha de El Abuelo cuando captó una conversación entre el tumulto que le hizo volverse a indagar la procedencia.

—... la boda es un problema, no lo olvides... —La voz se perdió y volvió—: ... hay que impedir...

—Ahora impedir que... —La voz volvió a perderse—. A buenas horas...

—... como sea...

—¿Y quién...? ¿Yo?

Javier sólo alcanzó a vislumbrar a un tipo guapo e impetuoso que se alejaba abriéndose paso entre la concurrencia seguido por la cabeza parlante de otro tipo pequeño y flaco que le resultaba vagamente familiar (¿quizá por la voz?), pero los perdió de vista al instante. Por alguna razón, había sentido una punzada de inquietud al escuchar el breve intercambio de frases, un golpe de temor azaroso que le produjo una repentina contracción en el estómago y que apenas duró unos segundos. Mariana y él habían venido precisamente a una boda, recordó. No creía en las casualidades aunque la conversación escuchada a

medias no fuera necesariamente premonitoria, pero a lo largo de su vida había experimentado en más de una ocasión el valor de las coincidencias, de las causalidades, del azar... como para no dejarse llevar por ellas. Evidentemente, no tenía sentido que se refiriera a la que él acudía, así que era una asociación que no venía a cuento, pero la breve conversación se quedó dentro de su cerebro como una idea vaga, como un pez que nada desorientado en una poza, y lo dejó sumido en una especie de pensamiento blanco.

—Venga, la espuela y a comer —dijo Andrés, bullanguero, sacándolo de su ensimismamiento.

Javier agitó la cabeza como si buscara desprenderse de una mala fantasía y regresó al grupo, pero rechazó la última copa. Eran las dos de la tarde y sentía la cabeza un tanto nublada. Hacía tiempo que no salía de ronda. Cuando volvieron a la calle, el ambiente fresco del día le devolvió el juicio. Al final siempre acababa por sucederles lo mismo: salían al sol, que los deslumbraba en mitad de la acera, se ubicaban como autómatas juerguistas y empezaban a calcular el camino que debían seguir para sentarse a la mesa que los estaba esperando.

—¿Qué pasa, chaval? ¿Has visto a un fantasma?

En el hogar de Tere Núñez de Guzmán reinaba la confusión más española. El cabeza de familia estaba ausente por razón de una comida de negocios (Sí, sí, negocios —decía Tere—. Ya me habría venido bien a mí una comida de esas para escaparme de casa), las

dos criadas y la modista parecían estar jugando al escondite, corriendo cada una en pos de la otra sin dirección aparente; la cocinera reclamaba a una de las criadas como pinche; su hija, Ana Patricia, se exasperaba a medio vestir en la habitación, y Tere y su hermana Marisol se dirigían a todas ellas: Tere intentando que pudiera llevarse a cabo la última prueba del vestido, que estaba desaparecido, y Marisol probándose tocados que se hallaban dispersos sobre el sofá del gran salón mientras comentaba:

—Lo dicen los astros, esta boda está gafada. Pobre de mi pequeña géminis.

Teresa Núñez de Guzmán y Mariana de Marco eran amigas del colegio, igual que la tercera de la pandilla, Amelia Fombona. La Universidad las había separado, porque ni Teresa ni Amelia fueron amigas de estudiar más allá del bachillerato, pero nunca llegaron a dejar de verse definitivamente, aunque la relación de Mariana con Amelia era casi inexistente desde los incidentes ocurridos durante la boda de la hija de Amelia, de triste memoria. De todas las amigas, Tere era la más sensata y positiva, la más conservadora en su manera de ser, pero una mujer comprensiva, dispuesta a entender y a dejarse entender, con un aire de señora biempensante y adinerada que le sentaba como un guante y que, por lo general, ocultaba a la perfección sus arrebatos de ira. Pero era muy cariñosa y por eso Mariana, las pocas veces que se habían visto después de que cada una decidiera su destino en la vida, se sentía querida y apreciada por su amiga.

Mariana, antes de acercarse a casa de Tere, había estado almorzando en casa de su madre. Cada año venía por ella dos o tres veces y cada vez le parecía encontrarla más triste y la tristeza tenía, sobre todo, la cualidad de las telas viejas y el olor a rancio. En la casa familiar, nada había cambiado desde que a ella la empujaron para que saltara del nido y echase a volar, primero como ejercicio obligado y, desde la muerte de su padre, definitivo. Y *nada* quería decir *nada*, ni un tapete de ganchillo, ni un bibelot fuera de sitio, ni las manchas de la pared de la cocina, fruto del día en que a su madre le dio aquel ataque de locura que obligó a Mariana a regresar precipitadamente, la única manifestación de furia en toda su vida. Si hubiera tenido otras a tiempo —pensaba cuando lo recordaba—, cuando papá imponía la ley como un sátrapa... La casa estaba sin pintar desde hacía veinte años, el suelo sin acuchillar, los rodapiés mostraban manchas oscuras de haber sido golpeados descuidadamente con útiles de limpieza. La evidencia de dejadez le atacaba los nervios porque antes, al menos, su madre había sido una mujer meticulosamente limpia, que se habría horrorizado al ver el estado actual de su casa, el abandono sin decoro.

Sí, a ella poco menos que la echaron de casa al terminar la carrera y se vio obligada a encontrar un primer trabajo de subsistencia. Se metió en un piso del barrio de la Concepción con un par de amigas de la Facultad que, como en una novela de Muriel Spark entonces en boga, se autodenominaban «las señoritas de escasos medios». Su madre, aunque su-

misa, no mostraba indicios de dejadez; muy al contrario, se vestía con todo lujo y tenía la casa decorada hasta el último detalle. Cómo había llegado al estado actual de decadencia era algo que aún no conseguía explicarse plenamente; los años posteriores a la muerte de su padre, Mariana estuvo viviendo por su cuenta, seriamente resentida con su familia y no le costó demasiado desconectar de sus vidas salvo visitas aisladas. Además, la vida la había endurecido.

—Así que tienes pareja por fin —le comentó Teresa—, pues enhorabuena, no me extrañaría que esta boda no fuera la última que me afectaraa personalmente. No sabes cuánto me alegro por ti, sobre todo después de la horrible experiencia de tu marido y lo que te debió de costar superarla.

—Bueno, superarla no fue tan difícil pasados los primeros años, que fueron los malos como tú sabes muy bien.

—Estabas destrozada.

—No, Tere, estaba perdida y metida en muchos líos muy feos, pero te agradezco la delicadeza.

—Sea como sea, estás aquí, te veo feliz y emparejada. No sabes la cantidad de veces que he pensado que esto ocurriría alguna vez.

—Y ahora vamos con tu hija. ¿Está feliz?

Teresa mudó el gesto alegre y cariñoso con que se dirigía a su amiga.

—Sí, está feliz, tiene lo que quiere... pero no estoy tranquila, Mariana, no estoy tranquila.

—¿Por qué? ¿Algún problema con el novio?

—No, ninguno. Es ella. Está... cómo decirte: cambiante. Alegre y callada, absorta y habladora, indistintamente, sobre todo a medida que se acerca la boda.

—Que es mañana —constató Mariana.

—Precisamente —respondió Teresa con un tono de voz en el que se juntaban la expectación con la ansiedad. Mariana no pudo por menos de percibir una nota discordante de preocupación.

—Pero Ana Patricia está decidida, ¿no? No hay...

—En absoluto. Nada de nada. Son cosas mías. Nos ha dado tantos disgustos que ya no la reconozco, me desconcierta.

—Algo así debió de sentir mi madre.

—¿Y tú? —dijo Teresa cambiando súbitamente de conversación—. ¿No piensas casarte ahora que tienes una oportunidad que te va como anillo al dedo? —Teresa rectificó, un tanto turbada—. ¡Vaya! No sé si he dicho una ingeniosidad o una inconveniencia.

—No, ¿por qué? Lo seguro es que, si lo hago, será para siempre —contestó Mariana divertida.

—Mañana lo conoceré.

—A ver qué te parece. Tiene un aire un poco de-sastrado, pero es como uno de esos tipos de las películas del Oeste, atractivo a su manera, flaco y... peligroso.

—¿Peligroso?

—Pero en el que puedes confiar. Oye, me preo-

cupa lo que dices de tu hija. Por regla general las novias tienden a estar muy ilusionadas y hechas un manojo de nervios. Perdona que insista, pero ¿te gusta el novio?

—Sí, claro que sí. No es como nosotros, claro, el padre es de esos que han hecho fortuna demasiado deprisa.

—No me incluyas en el *nosotros*, Tere. Lo que es yo, tengo lo justo para vivir con un poco de desahogo.

—Me refería a familias conocidas, cariño; pero es buen chico, muy buen tipo y muy educado. El padre... es otra cosa.

—Pura España actual, entonces —concluyó Mariana—. En cuanto a ti, te encuentro estupenda si quieres que te diga la verdad.

—Tú sí que estás estupenda. Menudo fachón tienes. Espero que el tal Javier te merezca.

—Dicen que hacemos buena pareja, sí.

El padre Lorenzo había dormido mal la noche anterior a la boda de Ignacio y Ana Patricia. En realidad, había dormido entre sobresaltos, despertándose continuamente y dando vueltas en la cama hasta el punto de tener que levantarse y estirar las sábanas y la colcha para no acabar enredándose con ellas. No atinaba a dar con la causa de tanto desasosiego. Pasó revista a sus ocupaciones para el día siguiente por si era consecuencia de alguna de ellas, pero su jornada laboral (quizá fuera mejor decir pastoral) era la de siempre, sin cambios en el orden natural de los días.

Sentado en la cama, recordó el mensaje recibido el día anterior, del que diera cuenta a don Fermín Correa. Le extrañó la ligereza con que éste se lo tomaba y la prisa por despacharle en seguida, e incluso lo que le pareció un apunte de sagacidad en su mirada. Sin duda se trataba de una broma de los amigos de su hijo, como dijo don Fermín, pero debía de reconocer que le había dejado mal cuerpo. ¿Quién se dedica a gastar una broma así la víspera de un día tan significado en la vida de una pareja como es el de la boda? Los contrayentes eran unos novios discretos, nada juerguistas, según le habían contado, buenos católicos que pensaban educar a sus hijos en el seno de la Iglesia. Es verdad que los jóvenes son jóvenes y que una broma como ésta era admisible dentro del campo de euforia en el que crecía la alegría de todos, familia, amigos y ellos mismos. ¿Por qué, entonces, esta desazón?

Sí, sin duda era el mensaje el que lo mantenía despierto. Finalmente, decidió echarse en la cama a ver si cogía el sueño durante las pocas horas que quedaban para el amanecer y, aunque remiso, el sueño lo fue ganando. Ahora se encontraba en un estado de semiinconsciencia, fluctuando entre destellos de pensamiento e imágenes oníricas. No debía haber dejado el anónimo en manos de don Fermín Correa. Ahora lo necesitaba, quería volver a verlo, estudiar cada palabra. Quizá al volver a verlas pudiera deducir si se trataba, en efecto, de una broma, o de algo más; y esto puede que le hubiera devuelto la tranquilidad que tanto deseaba. Al paso que iba la

noche, el día se le haría sumamente pesado, incómodo, agotador.

Volvió a levantarse, presa de inquietud. Se encontraba ante el dilema de seguir su natural inclinación y hacer dejación de la advertencia recibida, que parecía más propia de una representación teatral, evidente en estos tiempos de materialismo y ausencia de espiritualidad, o bien hacer caso a la advertencia para espantar la intuición que, contra toda razón, le impedía entregarse al sueño, pero esta decisión que llevaba consigo la de aceptar que, de alguna manera, creía en la veracidad del mensaje. ¿Qué problema había en hacer la advertencia en público? Al fin y al cabo, había sido de uso común en otros tiempos.

En ese caso —pensó—, aunque sólo sea por la paz de la conciencia, he de comentarlo también con el padre de la novia.

En su paseo alrededor del cuarto agitaba la cabeza como si estuviera manteniendo dentro de ella una encarnizada lucha. Tan pronto levantaba los brazos en actitud de súplica como los cruzaba enérgicamente con ademán de rechazo. Y lo cierto es que el pobre hombre parecía sufrir una presión íntima de la que no lograba librarse en tanto la noche iba avanzando y consumiendo las horas que debía de dedicar al sueño.

Lo haré, lo haré —se dijo con firmeza— mañana por la mañana, lo primero del día.

Entonces detuvo sus pasos, se plantó en medio de la habitación, se santiguó con gesto decidido y volvió el rostro hacia el crucifijo asentado en su modesta

mesa de trabajo. Clavó sus ojos en él y dijo en voz alta:

—Señor, bien sabes Tú que no soy supersticioso; no debo temer por ello.

Como si se hubiera librado de un peso muy grande, se tendió de nuevo en la cama y dejó en libertad su mente y el cuarto en silencio.

De seguido, una obstrucción en la garganta tomó la sonora forma de un ronquido y, por fin, la incipiente duermevela que lo acogía lejos ya de toda preocupación se diluyó en el sueño.

El zumbido del teléfono móvil bailoteando sobre la mesilla de noche alertó al hombre que dormía. Con todo cuidado, para no despertar a la mujer que dormía a su lado, extrajo medio cuerpo fuera de la cama y se inclinó hacia el suelo para hablar.

—¿Sí?—murmuró.

—...

—¡Por Dios! —exclamó. La mujer, sobresaltada al escuchar la expresión, se revolvió en su lado de la cama—. ¿Crees que podría olvidarlo? —añadió con voz muy queda—. ¿Has visto la hora que es? No me hagas a mí responsable de tus nervios. Yo no me comprometo en vano.

—...

—No, no lo entiendo. Parece mentira, una persona con tu fama. Anda, déjame dormir. Mañana nos vemos. Yo siempre cumplo.

Apagó el teléfono y volvió a colocarlo en la mesi-

lla. Maldecía interiormente al otro. En ese momento oyó la voz somnolienta de la mujer:

—¿Quién era?

—Tú duérmete.

Esperó un rato, temiendo que el incidente le hubiera cortado el sueño. Se había acostado tarde, como de costumbre, tras un día de complejas negociaciones, y a la mañana siguiente tenía que estar en pie en perfecto estado de lucidez. No le inquietaba el encargo, lo que le inquietaba era perder el sueño. Con un suspiro se arrebuja entre las sábanas y cerró los ojos.